

Oratio in memoriam clarissimus amicus amicorum Sergio Vela

*Palabras pronunciadas
el 30 de marzo de 2005
en el Club de Industriales,
como homenaje póstumo a
Roberto Kretschmer, durante
la presentación del libro
Medicina y creación musical.*

Roberto queridísimo:
Cuando recibí la amable invitación de don Raúl Fernández Violante, editor de *Medicina y creación musical*, para participar en la presentación del volumen, nunca imaginé el cariz fúnebre que necesariamente tomó el acto planeado. En rigor, supuse que este miércoles habríamos comido juntos, y que luego habrías presenciado el primer ensayo de *Siegfried*, ya en el escenario. Otro de mis amigos fallecidos, Giuseppe Sinopoli, me dijo hace poco más de cuatro años, quizá con clarividencia, que la vida no es como la imaginamos, y reconozco cuánta razón tuvo al pronunciar esas palabras, consoladoras, estimulantes y terribles a la vez. ¡Cosas veredes, mío Cid!

Te escribo en tiempo presente, y empleo la primera persona del singular. Todavía no consigo aceptar tu ausencia. No querría convertir este momento público en una ostentación casi obscena de mi enorme duelo, pero no puedo aparentar un distanciamiento emocional de tal índole que me permitiera contener mi congoja. Por eso escribo esta epístola para ti, transido de dolor y desde la orfandad, pero con todo mi cariño dedico la carta a Liliana, Verónica y Kilian.

Quienes me escuchan ahora –además de ti, por supuesto– me permitirán recordar que tú y yo nos conocimos mucho antes del nacimiento de Isolda y Julia, mis hijas, tus pacientes. Y, como mencionas en el artículo que escribiste para este libro, nuestro primer encuentro ocurrió en Bayreuth. La amistad comenzó al abrigo de la de la fascinante cultura alemana, y de la música en especial.

No mucho tiempo después, ocurrió el hecho capital de mi matrimonio con Marta Fuentes. Ella también te conoció en Bayreuth y ganaste su corazón de inmediato. Algunos años más tarde, recién enterados de la noticia de “nuestro” primer embarazo, coincidimos en Bellas Artes en el concierto que Giuseppe dirigió con su formidable Sächsische Staatskapelle Dresden, y el rostro de Marta se iluminó cuando te halló en la cafetería:

te saludó con su efusividad característica y te anuncio que esperábamos el nacimiento de esa niña que lleva con singular coherencia el nombre de Isolda. Destaco, pues, que Marta y yo nunca nos preguntamos quién habría de ser el médico que cuidara de la salud de la pequeña, sino que dimos por sentado, *ab initium*, que serías tú.

Dos años y medio después de nuestra hija mayor, nació Julia, a quién tú motejaste con el correr del tiempo como “la furia española”. Esa niña de dulzura sin par obtuvo lo casi impensable: te vestiste como cirujano de nuevo y acudiste al parto cesáreo, y luego de dos meses volviste a utilizar la pijama verde del quirófano para presenciar la cirugía que hubo que ser practicada en la diminuta Julia. Por ella, o por todos nosotros, hiciste amorosamente cosas que detestabas hacer, y nuestra gratitud es eterna.

No podría hacer un recuento puntual de todos los hechos significativos en nuestra amistad. Cuántos viajes compartidos, cuántas lecturas y conciertos, cuánta templanza tuya para contrarrestar mis juicios radicales, cuánta correspondencia intercambiamos, cuánto amor. Entre otras divisas de nuestra convivencia, hallábamos siempre la presen-



cia de Bach y Palladio, Schubert y Goethe, Wagner y Schinkel, Bellini (el pintor) y *Des Knaben Wunderborn*, Schiller y Mozart. Y, claro, el jamón serrano o la mejor chistorra y el helado de vainilla. Fuimos acogidos en tu seno familiar, y tú entraste con plenitud a la familia que fundé con Marta, qué duda cabe. Nos brindamos amigos mutuamente: amistades para toda la vida. Recuerdo las reuniones de nuestro inocente "Club de Toby" de los martes por la noche, en que tres profanos nos reuníamos con asiduidad para aprender sobre ciencias de dos mentes científicas brillantes (una de ellas era la tuya, naturalmente). Tu legado en mi vida es inolvidable e inmarcesible.

Te gustaban mis trabajos escénicos y, entre otras rarezas tuyas, gozabas en mis ensayos. Quizá la fascinación que te suscitaba el proceso creativo provenía de tu mente científica. Presenciabas casi todas las funciones, pero la última las vivías siempre tras bambalinas, en las tripas del teatro, como buen médico (o arúspice) que explora las entrañas. Te ganaste el corazón de propios y extraños, y llegamos a considerarte como médico residente de mis producciones operísticas. Todos los miembros de mi

equipo profesional te echan de menos y se conduelen, y los cantantes que lamentan tu partida suman legión. ¿Quién puede olvidar tu formidable debut en *Das Rheingold*, en el momento del griterío de los infelices nibelungos? (La diva Isoldita, por cierto, era la única de los temblorosos nibelungos que contaba con su propio médico en el teatro, y fue autorizada por ti a dar su función a pesar de tener fiebre. Además, como valquiria en miniatura, sólo voló a diez metros de altura cuando su pediatra se hubo cerciorado de su seguridad.)

Para *The Visitors* me facilitaste ratas de laboratorio, a fin de mantener la presencia amenazadora de la peste bubónica en escena; además, me brindaste información médica de gran valía, a la que correspondió un crédito con tu nombre en el programa de mano. Escribiste para la revista *Este País*, fundada por nuestro amigo Federico Reyes Heróles, un largo recuento sobre "nuestro" *Idomeneo*. En representación tuya, tu hija Verónica, mi querida Vivi, acudió a Catania con Carlos, su esposo, para presenciar los ensayos de *La sonnambula*, de Bellini (no el pintor, sino el músico, que sólo te interesó cuando te dije que a Wagner le interesaba).

Tu y yo solíamos hablar con frecuencia de la dicotomía de las dos culturas, à la C. P. Snow. La ciencia y las humanidades (con las artes), reunidas en una suerte de síntesis ideal. Con Jaeger, creíamos en la *paideia*, pero no de modo abstracto, pues ya tu vida misma era la demostración científica de que las fronteras del conocimiento son permeables, y que la posibilidad de lograr la armonía de campos intelectuales dispares en la mente de un hombre virtuoso, es real. Entre tu vida y este volumen hay semejanzas. Honduras significativas y banalidades suculentas; amores caprichosos, libertad, humor, bonhomía y erudición. Buen gusto, buena educación. Y, sobre todo, sabiduría y bondad, inteligencia y generosidad.



A ciencia cierta (advierte el sustantivo, querido Roberto), sé que tu ausencia es sólo física. No escucharemos tu voz que aconsejaba, instruía y consolaba, pero tus palabras permanecen. El *logos* perdura. Tu destino es quedarte entre nosotros, porque los hechos de tu vida ejemplar son fructíferos y trascienden la usura del tiempo o la muerte. Con la ayuda del tiempo habremos de habituarnos a tu ausencia, pero nada colmará el vacío físico que has dejado. ¡Te echo de menos, *mein Gutster, mein Urvieb!* Te lloraremos largamente, y parafraseo a Schiller, celebrando que me haya sido concedido el privilegio de ser tu amigo: *mir gelang der grobe Wurf, Dein Freund zu sein*. Iluminaste mis días, y a nombre de mi amada Marta, de nuestra hijas, y a nombre propio, te agradezco desde lo más hondo de mi alma por haber existido y habernos brindado tu cercanía. Docto doctor de doctores, preclaro maestro de los que saben, médico total, archiatra, amigo sin par, escúchame de nuevo: tu legado permanece, y pienso que vivirías para siempre.

Buen viaje, querido Roberto, buen viaje.

